

Una mirada introspectiva al periodismo que hago

El auge de las columnas de opinión, estimuladas por los sitios de Internet y las redes sociales

Tomás Linn

En este artículo, el periodista y profesor universitario reflexiona sobre su práctica profesional, a la luz de las nuevas tecnologías de comunicación

In his article, this newspaperman and University professor reflects on his professional practice in the light of the new communication technologies.

Cuando el revuelo en torno a las redes sociales recién comenzaba y los medios tradicionales empezaban a diseñar sus propios sitios en Internet, un colega me profetizó en tono ominoso que el tipo de periodismo que yo ejercía (el de opinión) estaba condenado a desaparecer.

Mi reacción fue inmediata. Al igual que tantos otros periodistas, estaba desconcertado con la rapidez de los cambios. Pero algo tenía claro: el periodismo de opinión no solo no estaba destinado a desaparecer sino que se consolidaría aún más.

Motivos para ello sobran. Tratar de explicarlos significa dar una mirada introspectiva al tipo de periodismo al que me dediqué durante buena parte de mi vida profesional. Nunca está de más hacer una pausa y tomar distancia para analizar en profundidad la tarea que uno cumple.¹

Las tribunas fogosas de los viejos pasquines

Cuando en el siglo XVIII, en medio de revulsivos procesos políticos y sociales, comenzaron a popularizarse los periódicos, gacetas y pasquines, el periodismo que se hacía era de opinión.

Aquellos fueron textos incendiarios, bordearon la calumnia y el libelo, defendieron causas fervorosas y pretendieron no tanto convencer como sí alinear a su público. Los que se sentían agraviados lo arreglaban en “el campo del honor”, o sea, el duelo. También pasó en Uruguay hasta ya entrado el siglo XX. El duelo que

enfrentó a José Batlle y Ordóñez y Washington Beltrán fue a causa de una columna publicada por este último en su diario *El País* (que tituló “Qué tupé”), en respuesta a otra de Batlle.²

Si bien este era el estilo predominante, también hubo opinión analítica y sobria. En esa época se publicaban vigorosos debates entre pensadores de visiones discrepantes. En el Uruguay del siglo XIX fue apasionante el intercambio entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez.³

En la naciente nación norteamericana, a fines del siglo XVIII un periódico dedicó sus páginas a reproducir las opiniones de tres “padres fundadores” que querían convencer a sus compatriotas sobre las virtudes de una constitución federal eficiente y bien elaborada. La gacetilla se llamaba, justamente, *El Federalista* y en ella sus autores escribieron memorables textos motivados por el calor de un debate candente. Su lucidez y capacidad argumentativa transformaron aquello que fue pensado para un momento particular de la historia en un clásico del pensamiento constitucional y de las ciencias políticas. Los “papeles” aún hoy mantienen vigencia.⁴

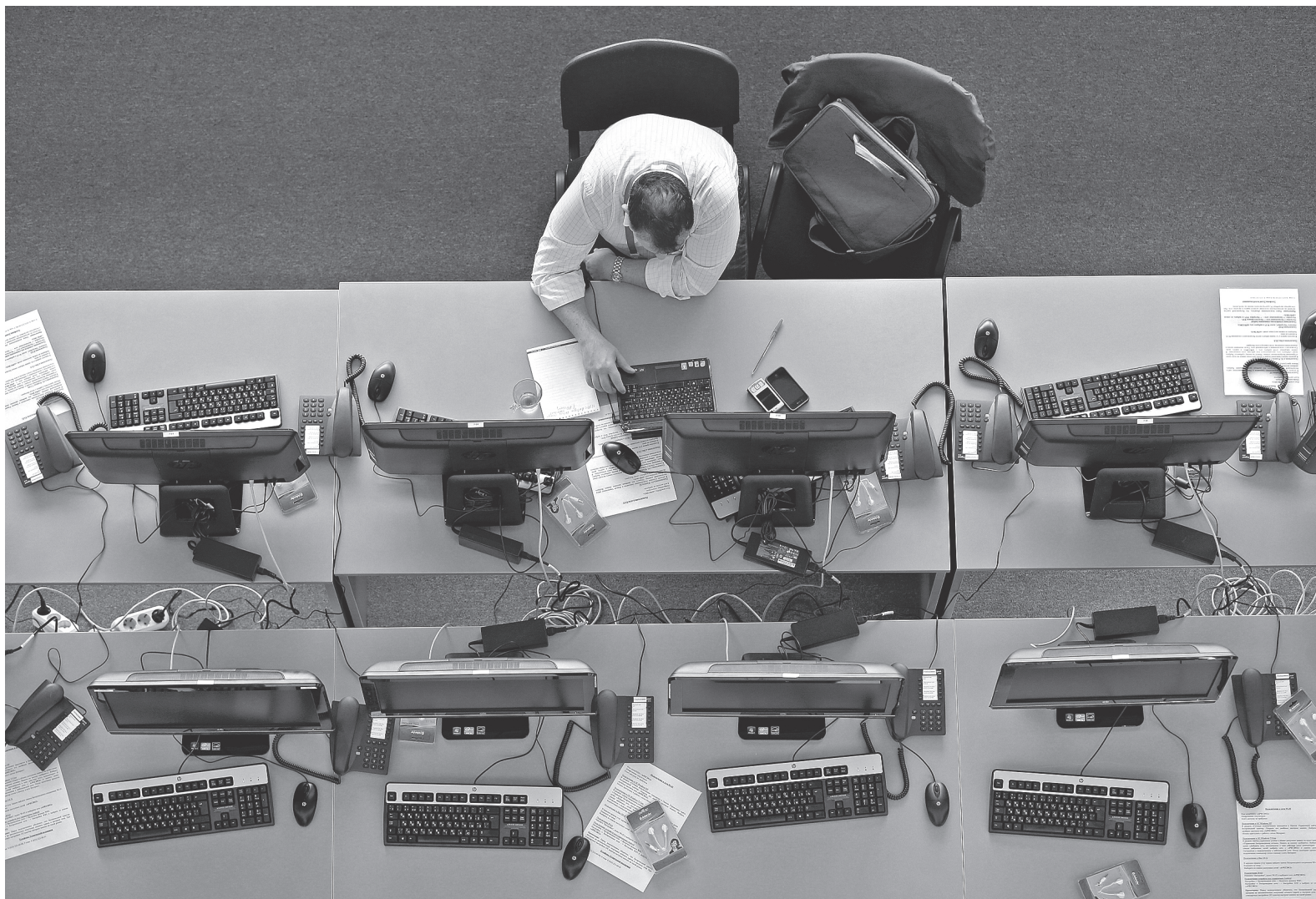
No eran periodistas en el sentido moderno y profesional de la palabra. Políticos, agitadores, pensadores, constituyentes y constitucionalistas, todos ellos tuvieron en los periódicos una tribuna para hacer llegar su prédica a más gente y más lejos.

1::
Algunas ideas que aquí desarrollo aparecen esbozadas en mi libro *¿Una especie en extinción? Los periodistas y su crisis, cómo ella afecta la calidad democrática y los valores que deben permanecer*. Búsqueda y Fin de Siglo, Montevideo, 2012.

2::
Diego Fischer narra este episodio en su libro *Qué tupé: Batlle-Beltrán ¿duelo o asesinato?* Editorial Sudamericana, Montevideo, 2010.

3::
Carlos María Ramírez y José Pedro Varela: *El destino nacional y la Universidad: polémica* (dos tomos). Biblioteca Artigas, Montevideo, 1965.

4::
Alexander Hamilton, James Madison, John Jay, *The Federalist Papers*. Mentor Books, Nueva York, 1962.



Diferenciar la información de la opinión

Con la llegada del siglo XX el periodismo se redefinió y redefinió también el periodismo de opinión. La noticia cruda y despojada empezó a tomar importancia. Se buscó contar los hechos tal cual sucedieron, con narraciones claras, despojadas y sin sesgos.

Esos cambios afectaron al periodismo de opinión y, si bien no dejaron de existir los predicadores que usaban su espacio como tribuna, comenzó a surgir un tipo de periodismo de opinión diferente y cada vez más profesional.

En cualquier caso, los editores empezaron a diferenciar en el diseño gráfico lo que era noticia de lo que era opinión.

A comienzos del siglo XX en Uruguay, las columnas de opinión tuvieron mucha influencia. Eran leídas con atención en *El Día*, *El País*, *El Plata*, *La Mañana* o *Marcha*, por mencionar solo algunos ejemplos, y alimentaban los debates políticos para un país en construcción. El paso de la opinión militante a la columna profesional fue lento.⁵

Hubo una etapa intermedia, en la cual gente con interés en la política pero no con vocación para ejercerla prefirió crear un espacio propio de opinión e influencia a través de las columnas. Fue un camino alternativo y quienes lo tomaron se convirtieron en periodistas, aunque no como se los entiende hoy. Un ejemplo fue, en Francia, Raymond Aron, un brillante intelectual, muy independiente en sus criterios en un

Foto: Laurent Fievat, AFP.

5:: Sobre este tema existe una investigación muy interesante de Elena Risso: *El nuevo periodismo de opinión: columnistas profesionales e independientes surgidos en Uruguay después de la dictadura*. Memoria de grado, Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay, Montevideo, octubre de 2002.

Tomás Linn::
Departamento de
Comunicación, Facultad de
Ciencias Humanas,
Universidad Católica del
Uruguay, Uruguay.
tlinn@busqueda.com.uy

momento en que el grueso de los intelectuales defendía causas que el tiempo demostró que eran indefendibles.⁶

En Uruguay, un similar papel cumplió Carlos Quijano, que en su semanario *Marcha*, desde una visión de izquierda, mantuvo una independencia crítica hasta que resolvió en los años setenta apostar a la creación de lo que finalmente sería el Frente Amplio.⁷

La opinión como forma de periodismo profesional

Si bien los medios siguen diferenciando los textos de opinión respecto a los que solo traen noticias al diagramar sus páginas (tanto en papel como en los sitios web), reporteros y columnistas hoy se reconocen en una similar identificación profesional, si bien tienen claras las diferencias entre ellos. El columnista usa técnicas de redacción y un método de trabajo igual al del reportero, aunque el resultado sea diferente.

Quien hoy escribe columnas seguramente hizo su recorrido clásico dentro del periodismo. Comenzó siendo un reportero y tal vez pasó a ser editor. Con esa experiencia acumulada resolvió trabajar con la información de otra manera. Sabe que su capacidad analítica es importante, del mismo modo que otros periodistas son competentes en la investigación de fondo y otros aun se lucen haciendo buenas entrevistas. Sobre una base profesional común, cada uno valora sus “ventajas comparativas”.

El columnista pues, al igual que todo reportero, maneja información, pero, a diferencia de este, la analiza, la desmenuza, la proyecta hacia el futuro y a partir de ahí elabora sus enfoques. No busca conseguir votos, tampoco pretende convencer ni generar “estados de opinión”. Su tarea es dar un servicio más a los lectores. Es ofrecer un enfoque personal sobre la realidad para que los lectores tomen de él lo que les resulte útil.

No solo el método de trabajo es similar, aunque no idéntico, sino también la actitud profesional. El

columnista debe ser tan independiente como el reportero, aun cuando opina. Sus conclusiones, enfoques y puntos de vista no responden a las estrategias y “lineazos” de un partido político, de un sindicato, de un sector empresarial o de una determinada corriente cultural.

Independencia política, desconfianza del Estado, distancia del poder, lejanía de las “roscas”. Solo eso garantiza el valor de una opinión elaborada desde sus más genuinas convicciones. La firma de ese columnista termina dando un sólido aval a esa opinión.

Continuidad, permanencia y diálogo con el público

Esa firma importará aún más si hay permanencia y continuidad en el trabajo. Son dos factores claves en varias funciones periodísticas. Valen para los que conducen programas y noticieros radiales o televisivos. La voz que se escucha día a día, el rostro que aparece en la pantalla, adquieren credibilidad y respeto porque supieron perdurar y resultan familiares a su público. Sin tanta notoriedad, algo similar ocurre con el editor de un periódico. En la permanencia está el afianzamiento de un estilo y un modo de trabajar.

La continuidad, constancia y regularidad de una columna que ocupa durante años el mismo lugar ayuda a establecer una relación entre quien escribe y quien lee. El lector conoce los parámetros con los que el periodista trabaja. Si es una columna basada en información (y más cuando se trata de información sensible), sabrá agradecerle la forma en que fue contextualizada y analizada. Si el columnista plantea sus enfoques con sensatez y claridad, el lector sentirá que alguien puso en palabras lo que él pensaba pero le costaba expresar. Si hay capacidad argumentativa, el lector disfrutará de una semanal discusión. Entenderá su forma de razonar y a partir de esa lógica querrá discrepar o coincidir con él. Objetará algunos razonamientos y le reconocerá otros. Crecerá así una relación “virtual” que a todo columnista que se precie debería halagar.

6::

Respecto a Aron, se pueden leer sus *Memorias*, publicadas por Alianza Editorial, Madrid, 1985. También es muy interesante el libro del historiador británico Tony Judt, *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century*, The University of Chicago Press, Chicago, 1998.

7::

Sobre este tema y otros relacionados con el periodismo político, me extiendo más en mi libro *De buena fuente: una aproximación al periodismo político*, CLAEH y Ediciones de Banda Oriental, Montevideo, 1989.

Al final sin embargo, lo que marca la presencia de un columnista como periodista profesional es su independencia. Es subjetivo, sí, pero crítico y desconfiado y, como dice el dicho popular, “no está casado con nadie”.

La permanencia puede derivar en una rutina de previsibilidad que es necesario combatir. “Los argumentos [en una columna] pueden ser redondos o chatos”, sostiene el periodista Jack Fuller. “El texto chato, progresista o conservador, fundamentalista o ateo, no solo ve todo a través de una lente ideológica, sino que lo único que ve es la lente. [...] Los argumentos redondos responden a la complejidad de los hechos y reconocen las limitaciones de sus propias suposiciones”.⁸

En otras palabras, es el tipo de argumento contundente por su lógica y sorprendente por una originalidad que evita lo trillado.

La opinión es gratis, los hechos son sagrados

Con la irrupción de las redes sociales, aquella permanencia y continuidad del columnista podría ya no ser necesaria. Sin embargo, lo es para quienes recurren con frecuencia a la red. Generaron el mismo hábito que cuando leían en papel, y añadieron uno más: el de compartirlo. Cuando les gusta la columna de un periodista que siguen con atención, la reenvían a sus contactos del correo electrónico o a sus “amigos” en Facebook y Twitter. Ese columnista, además de tener sus seguidores regulares, multiplica su alcance según cuántos de ellos tomen la iniciativa de repetirla para terceros.

Con Internet, al concepto de la inmediatez para transmitir información se suma el de la disponibilidad. Cada persona abre su computadora cuando le viene bien y es ahí que se pone en contacto con las noticias. El servicio siempre está a mano. El alerta noticioso aparece en pantalla, un “amigo” recoge algo que ve y lo tuitea de inmediato. Asimismo, los grandes medios con sus sitios en Internet envían a diario un mensaje con los titulares del día, lo cual oficia de apretada pero

bien presentada síntesis de los hechos más importantes. Es imposible no estar informado minuto a minuto. Basta tener la pantalla encendida. El proceso es incesante. Sin embargo, conocer lo que ocurre no necesariamente significa entenderlo. Falta contexto, falta análisis, falta explicación aun cuando sea con un determinado sesgo.

Por eso, contra lo que muchos profetizaron, el periodismo de opinión reforzó su existencia justamente para cumplir ese rol. La gente quiere saber qué opinan y cómo visualizan ciertos temas aquellos columnistas que son referentes. Referentes por ser creíbles, porque coinciden con sus visiones y también porque disfrutan de esa discusión virtual, por lo general discrepante, entre el lector y el autor.

Así se explica el auge de estos textos que van más allá de la información pura y dura. Conviene enfatizar, por otra parte, que sería imposible escribir columnas si no hubiera reporteros buscando con el mayor rigor posible esa misma información pura y dura. El trabajo de unos se complementa con el trabajo de los otros, incluso cuando el reportero no comparte la visión del columnista. Lo que importa es que los hechos (más allá de la opinión que se tenga sobre ellos) hayan sido reales y verificados. Como dijo un periodista británico, “los comentarios son gratis, pero los hechos son sagrados”.⁹

De ese modo, el periodismo de opinión se fue transformando e incluso ganó espacio en otros medios, en especial la televisión. Hubo, es verdad, un fuerte crecimiento del periodismo “militante” alejado de todo rigor profesional (en Estados Unidos lo hace Fox y en Argentina se lo puede ver en 6, 7, 8). Pero también hay un periodismo de opinión que se fue asentando en programas que mezclan información con opinión. Lo hace con profusión Jorge Lanata en Argentina y está el programa semanal de Nelson Castro en *Todo Noticias*, que abre con una evaluación de lo ocurrido esa semana y cierra con un editorial. En ambos casos, los enfoques y sesgos subjetivos están sostenidos en abundante

8:: Jack Fuller, *What is Happening to News?: The information explosion and the crisis in Journalism*. The University of Chicago Press, Chicago, 2010.

9:: Cita tomada del libro *The Elements of Journalism*, de Bill Kovach y Tom Rosenstiel, Three Rivers Press, Nueva York, 2001, pp. 97 y 98.

información que tanto ellos como sus respectivos equipos de producción reciben en forma constante.

Hoy diarios como *El País* de Montevideo tienen más espacio para la opinión, tanto en su versión impresa como en la web. Algunos escriben desde su profesionalismo, muchos desde su clara postura política y otros desde su especialidad técnica. Semanarios como *Brecha* y *Voces* se apoyan sustancialmente en sus notas de opinión.

La revista *Búsqueda* ofrece a sus suscriptores *on line* una lista semanal de las diez notas más leídas número a número. Por cierto, ello no es representativo de la totalidad de sus lectores, pues la mayoría accede solo a la versión impresa. De todos modos, es interesante ver que la mitad de esa lista corresponde a las notas de opinión. Similares respuestas se ven ante las columnas en *La Nación* o *Clarín* de Buenos Aires, *El País* de Madrid o el *New York Times*.

Una referencia sólida frente al frenesí de los foros

Quien sigue con atención los foros que se generan al pie de las columnas en diarios como, por ejemplo, *La Nación*, corroborará el fervor desmedido, áspero, agresivo y nada amable que tales notas provocan. El columnista debe saber que, una vez publicado su texto, el contenido ya no le pertenece. Cada lector le dará la interpretación que quiera y marcará como prioritarios párrafos que no lo eran para el autor. Publicado el texto o colgado en las redes, lo que allí se dice deja de ser propiedad de quien lo escribió.

El surgimiento de los blogs alentó la creación de nuevos sitios en los que su autor actúa a la vez de periodista y columnista, procurando incidir en los debates públicos. Eso alentó la esperanza de una mayor democratización de la información y la posibilidad de que cualquiera (no solo los periodistas) pueda informar y llegar a la mayor cantidad de gente.

El instrumento fue democratizador, sin duda. Pero eso no significa que un bloguero llegue a los millones y millones de habitantes que tiene el planeta. Su llegada

se circunscribe a familiares y amigos. Con suerte alguien de afuera accederá, de pura casualidad, a algún texto suyo al poner alguna palabra en Google, donde entre muchas posibilidades justo sale ese blog.

No todos los que tienen blogs son genuinos investigadores de noticias. En realidad, recogen lo que escuchan por ahí (muchas veces con rumores falsos), rara vez verifican su veracidad y luego opinan con virulencia sin saber realmente de qué se trata.

A ello se responde, tanto en las redes como en los foros, con discusiones de poco vuelo que suelen ser protagonizadas, asombrosamente, por profesionales universitarios o estudiantes avanzados. Amparados en el anonimato, la agresividad, la desinformación y la ignorancia, la propensión a los golpes bajos, la descalificación rampante, estos debates son desconcertantes y desopilantes. Una charla de café entre parroquianos es más respetuosa y elevada. Es como si los nuevos instrumentos tecnológicos dieran lugar a una libertad inmensa (lo cual es bueno) para decir una increíble sarta de disparates, sin que nadie pueda aclarar que tales discusiones se apoyan en datos erróneos o que sus fundamentos lindan en el delirio. Y quien con sentido de responsabilidad intente intervenir para aportar los datos ciertos o demostrar que se dicen cosas absurdas, terminará arrastrado, denigrado y humillado en esa vorágine de un peculiar debate público.¹⁰

Muchos lectores, cansados de ese nivel de discusión, resolvieron buscar autores que presentan material de calidad en los sitios de Internet. Buscan la tan denostada “marca”, o sea, medios que en televisión o papel ya tienen credibilidad y prestigio. Pero, insisto, estamos hablando de columnistas profesionales, que manejan con rigor la información y toman distancia del tema que analizan, para verlo por fuera de la pasión y por fuera de todo involucramiento militante.

Por eso, contrariamente a lo que sostenía mi amigo, las nuevas tecnologías no han hecho más que revalorar este tipo de periodismo. Y es bueno que así suceda. ■■

10::

Este tema lo profundicé en una columna publicada en la revista *Búsqueda*, “La degradación de los debates en las redes”, Montevideo, jueves 31 de octubre de 2013.